

El tren de los heridos³⁰

Silencio que naufraga en el silencio
de las bocas cerradas de la noche.
No cesa de callar ni atravesado.
Habla el lenguaje ahogado de los muertos.

Silencio.

Abre caminos de algodón profundo,
amordaza las ruedas, los relojes,
detén la voz del mar, de la paloma:
emociona la noche de los sueños.

Silencio.

El tren lluvioso de la sangre suelta,
el frágil tren de los que se desangran,
el silencioso, el doloroso, el pálido,
el tren callado de los sufrimientos.

Silencio.

Tren de la palidez mortal que asciende:
la palidez reviste las cabezas,
el ¡ay! la voz, el corazón, la tierra,
el corazón de los que malhirieron.

Silencio.

Van derramando piernas, brazos, ojos,
van arrojando por el tren pedazos.
Pasan dejando rastros de amargura,
otra vía láctea de estelares miembros.

Silencio.

Ronco tren desmayado, enrojecido:
agoniza el carbón, suspira el humo,
y, maternal, la máquina suspira,
avanza como un largo desaliento.

Silencio.

Detenerse quisiera bajo un túnel
la larga madre, sollozar tendida.
No hay estaciones donde detenerse,
si no es el hospital, si no es el pecho.

Para vivir, con un pedazo basta:
en un rincón de carne cabe un hombre.
Un dedo sólo, un trozo sólo de ala
alza el vuelo total de todo un cuerpo.

Silencio.

Detened ese tren agonizante
que nunca acaba de cruzar la noche.
Y se queda descalzo hasta el caballo,
y enarena los cascos y el aliento.



Los hijos del hierro

Miguel Hernández

En las anhelantes locomotoras, iluminados por el resplandor de las calderas, entre humo, rugidos, pedazos de hierro y carbón, pasan los maquinistas y los fogoneros como viejos lobos de tierra. Engrasados musculosos como ejes o motores, llevan restos de humo sobre la frente, y sobre la piel las huellas puras que el trabajo deja con sus cascos de caballo poderoso. Parecen mineral incendiado, recorriendo la España leal de punta a punta heroicos y veloces bajo los bombardeos enemigos. Sus músculos trepidan como las máquinas, y como a las máquinas no les importa rodar sin descanso a través de estos días en que la libertad de España depende del esfuerzo de cada español.

Nos enfrentamos en la estación de Baeza con algunos hijos del hierro. Trabajan agregados a dicha estación cerca de ochocientos brazos, y con tal entusiasmo que los responsables de los distintos servicios sólo se preocupan de ordenar y cuidar la enorme cantidad de energías que se emplean en las faenas de explotación, tracción, vías y obras. Las principales mercancías que emite la estación de Baeza son aceite, vino y esparto, y son destinadas generalmente a Levante. El personal las trata con mucho cuidado, evitando así complicaciones y averías, cosa que no sucedía cuando se trabajaba bajo la vigilancia inquisitorial de inspectores y jefes de servicio. Los mismos ferroviarios me hacen notar la diferencia existente entre el jornal de antes y el de ahora: hoy se percibe, como mínimo, un jornal de diez pesetas y ayer a duras penas se pasaba de las cinco. Trabajan todos compenetrados, en armonía. Bajo el apremio y la ofensa de los capataces anteriores, el trabajador rendía menos, falta del entusiasmo y la alegría que da comprobar que las buenas labores son remuneradas y aplaudidas. Todos los esfuerzos dignos necesitan premio, y los brazos, cuando se les violenta, decaen de su ánimo natural.

Hablo con el jefe de estación, Manuel Romero: un andaluz de los de solera. Pasamos ante vagones de aceituna caliente al sol, que huele como el hombre cuando suda. Olor a hierro, a grasa, a carbonilla, a vino reseco. Clama una sirena. Dos encendedores de máquinas, bigotudos y viejos, me ofrecen el pan que comen bajo el mediodía. Parecen

también, como los maquinistas y fogoneros, hijos del tren, cachos, miembros del tren, como sus ruedas y cadenas. En los talleres de reservas, en los depósitos, están las máquinas humeantes, paradas, que desahogan su ansia de correr, respirando monstruosamente por tubos y agujeros como por un gran número de narices. De repente enmudecen, y el silencio se precipita sobre ellas. Mirándolas pienso que con el tren un advenimiento de arcángeles, oscuros de cruzar túneles, desmelenados. Doce veces ha sido bombardeada la estación de Baeza. Cerca de doscientas bombas han caído sobre ella arrancando rieles y casas. Su pulso no ha sufrido alteración alguna, y cada uno de sus hombres se ha mantenido siempre en su puesto. El personal de vías y obras, con un gesto magnífico, sereno, todavía los trimotores negros sobre ellos, se han lanzado tras cada bombardeo a la reparación de los destrozos. Ninguno ha desertado de su obligación, a pesar de que, hasta hace poco tiempo, no había donde refugiarse. Los ferroviarios colaboran con todas sus fuerzas al lado del ejército del pueblo. En el campo enemigo extraen a diario numeroso material, interrumpen vías, quitan tablones y vuelcan trenes. Su labor es silenciosa, pero declara sin hablar los beneficios que nos hace. Los trenes blindados avanzan en sus manos a destruir el fascismo en varios puntos de España. Detrás de inmensas mechas de humo sonríen los ferroviarios, los hijos del hierro, a los hijos de nuestros soldados, que saludan desde el paso a nivel con el puño tendido.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**. www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo